

esperar, contrario al no-hacer y desesperar... Este libro nos ha fijado un deber. ¿Sabremos cumplirlo?

## EL FRACASO DE LA PREPARACION

La frase es de un escritor español. «Esta es la guerra de preparación contra la improvisación». Es la guerra de los pueblos preparados contra los pueblos descuidados. Es la guerra de las hormigas contra las cigarras. Es la guerra de Alemania con cuarenta años de adiestramiento militar, de fabricación de municiones, de construcción de ferrocarriles, de espionaje, contra Inglaterra desprevenida, contra Francia, confiada y serena; contra Bélgica, segura en sus tratados; contra Rusia, contra Italia, contra Serbia, que no pensaban ya en una nueva contienda europea dirimida con las armas.

La preparación contra la improvisación, sí. Clara, fija, exacta es la sentencia. Pero no será eterna; no definirá toda la guerra. La preparación contra la improvisación fué la característica del principio de la guerra. Fué la señal de los primeros

días; de los días trágicos del agosto de 1914. Luego, cuando Inglaterra y Francia han abierto sus arsenales y han dispuesto sus obreros y han establecido sus industrias, la preparación con que Alemania se dispuso a luchar, la tienen ya para la lucha los otros países beligerantes: la preparación de Alemania la tienen ya Inglaterra y Francia. No es ahora en estos momentos el carácter de la guerra «la preparación contra la improvisación». No. Es la preparación de cuarenta años, contra la preparación de ocho meses. No es el cálculo contra el corazón. Es también el cálculo contra el cálculo. No es la sangre fría contra el fuego del alma. Es también la sangre fría contra la sangre fría. No es la claridad contra los ojos cegados. Es también la claridad contra la claridad. Dentro de breves meses cada país en guerra habrá desarrollado para la guerra el máximo de sus energías; habrá dado a la guerra el máximo de dinero, el máximo de hombres; habrá dispuesto para la guerra el máximo de organización; habrá aportado a la causa de la guerra el máximo de capacidad cerebro. «El po-

der hasta allí donde llegue al deber» escribió Kant. Y, si en algún momento histórico, este imperativo ha llegado al alma, ha sido ahora. Los pueblos beligerantes elevan su poder hasta el punto donde ellos clavan su deber.

Pero la guerra es la guerra y la preparación es todo lo opuesto a la guerra. La guerra es un instinto preventivo y la preparación es una virtud moderna. La guerra es salvajismo y la preparación es civilización. La guerra es ímpetu, odio, sentimiento, fuego, impulso, y la preparación es técnica, cálculo, perseverancia, entendimiento, contención, serenidad, ¿Cómo pueden hermanarse la preparación y la guerra? No. La preparación para la guerra, como la tenía Alemania, puede existir. Pero puede existir sólo hasta el momento en que la guerra se produzca. La preparación para la guerra puede existir, pero contando con la guerra siempre como una amenaza; nunca como una realidad. La realidad de la guerra destruye todos los cálculos de la preparación. La guerra anula la preparación. Y la anula, porque las fibras, los nervios, las entrañas del

hombre que intervienen en la preparación, no son las fibras, los nervios y las entrañas que mueven y lanzan al hombre que lucha. Más claro. El soldado no es el ciudadano. El guerrero no es el ciudadano. El hombre que lucha en los campos de batalla, defendiendo su vida, viendo la muerte a su lado, rodeado de enemigos, de peligros, de responsabilidades, no es el hombre que se prepara para una disciplina; no es el hombre de la ciudad.

La preparación para la guerra podrá significar a lo sumo, apresto de municiones, acopio de armamentos, servicio sanitario; lo que preparación significa en este momento en Francia y en Inglaterra. Nada más. Nada más. La preparación en el sentido que da Alemania a esta palabra de disposición de planes estratégicos, de señalamiento de batallas, de orden de ocupación de plazas, no existe. Y si existe diremos que esta guerra no es la de la preparación contra la improvisación; ni la preparación contra la preparación; sino la guerra del fracaso de la preparación.

Porque, vedlo. El primer plan de Alemania es pasar por Bélgica. Pasar por

Bélgica, aprovechando el terreno y respetando las vidas. ¿Sucede así? Al contrario. No puede aprovechar el terreno; ha de destruirlo, de asolarlo, y ha de sacrificar millones de vidas. El segundo plan de Alemania consiste en apropiarse el terreno de Francia y aniquilar al ejército francés. ¿Sucede así? Al contrario. Francia después de la batalla del Marne conquistó las perdidas posiciones y las conserva regateando, disputando, defendiendo, la vida de los hombres. El tercer plan de Alemania, ya medio loca, estriba en deshacer al ejército ruso, en diezmarlo, en arrasarlo, para cortar el peligro del frente oriental y trasladar luego todas las tropas al frente occidental. ¿Sucede así? Al contrario. Los alemanes que no quieren para nada el terreno de Rusia, han de avanzar Rusia adentro; los alemanes que solo esperaban la derrota del ejército ruso han de ver como éste se retira salvando sus hombres y sus armamentos y la riqueza de sus ciudades. En concreto: Alemania en Bélgica no quería hombres sino tierra para pasar, y hubo de acabar con los hombres para poseer la tierra. Alemania en Francia que-

ría tierra y hombres y no tiene ni hombres ni tierra. Por fin, Alemania en Rusia quería hombres y no tierra y ha tenido que apropiarse de la tierra sin poder dominar a los hombres. ¿No es este el fracaso ruidoso de la preparación?

..... Para las artes de la paz, la técnica, el cálculo, el método... Para la lucha, para la guerra, el corazón. Los alemanes sabían las armas que poseían los ingleses y los franceses; las fortificaciones de sus ciudades; los medios económicos de que disponían. Pero no habían entrado en el corazón de los franceses, de los ingleses, de los rusos... Sabían lo que valía el equipo de un soldado, pero no sabían lo que valía el corazón de un soldado. No lo sabían. De haberlo sabido, de haberlo supuesto, de haberlo previsto hubieran concedido más horas de meditación a la declaración de guerra. Se hubieran preparado menos y hubieran meditado más. Europa con ello habría ganado mucho.

### INGLATERRA Y ALEMANIA. LÍMITES DEL PATRIOTISMO

Los incidentes de la guerra van descubriendo la intensidad de los países beligerantes. Uno de los hechos que precisa esta situación es la actitud que guardan los obreros, los proletarios de cada país, y la posición de los respectivos Gobiernos frente a esta actitud. Cuando Anatole France en los primeros días de la guerra preguntaba ¿Qué harán los socialistas? formulaba la pregunta que se irá repitiendo hasta más allá de la paz. Lo que los socialistas hagan en cada país revelará el valor moral del país.

En Alemania y en Inglaterra es actualidad en estos momentos la actitud de los socialistas. En Alemania se han reunido en un Congreso. En Inglaterra han declarado una huelga. El Congreso y la huelga han sido producidos por la guerra. La guerra ha sido, pues, la que ha determinado que los socialistas alemanes se con-

gregaran y que los socialistas ingleses hayan abandonado su trabajo.

¿Qué se discute en el Congreso de los socialistas alemanes? Se discute el manifiesto firmado por los tres representantes del partido, que protestan contra las anexioniones territoriales que Alemania pudiera realizar. Este manifiesto revela que ha cambiado la situación del imperio alemán. Que se ha roto la unanimidad y el entusiasmo del principio. Pero no demuestra que el partido socialista haya rectificado su conducta. Al contrario. En el Congreso celebrado en 1.º de Julio, al que han asistido representaciones de unos cuarenta Comités regionales y delegados de la Confederación general del trabajo, la mayoría se ha pronunciado contra el manifiesto. Haase, presidente de la Social Democracia, ha sido censurado por haber producido con sus críticas de la guerra, la división del partido socialista. Legien, presidente de la Comisión de los Sindicatos, se ha dirigido contra los firmantes del manifiesto, acusándoles «del desorden causado en las filas del proletariado alemán». Wolfgang Heine, compañero de Haase en el

Comité de dirección del partido, ha formulado una dura diatriba contra «los teóricos incapaces de comprender la gravedad de la situación». La conclusión del Congreso es que frente a la guerra desaparece la lucha de clases y que los socialistas alemanes no han de ver frente a ellos, capitalistas, ni burgueses, ni patronos, ni amos, ni dueños, sino alemanes. Alemanes que ponen la defensa de Alemania por encima de todos los estímulos cordiales, de todas las razones ideales, de todos los intereses de partido, de todos los motivos que justificaban la organización, de todas las divisiones existentes antes de la guerra. No son cerebro, ni corazón, ni sentimiento, ni principio político; son soldados. Son un uniforme, un fusil, un guerrero. Nada más. Nada más. No quieren ser nada más. No quieren pensar siquiera en ser nada más. No pueden, dentro de su concepto de la patria, ser nada más.

Mientras los socialistas alemanes adoptan esta posición, los socialistas ingleses, los obreros ingleses, se declaran en huelga. Y se declaran en huelga en el Sur de Gales. En el lugar de Inglaterra donde se

produce mejor carbón; donde se produce el carbón que sirve de alimento capital a la Marina inglesa. ¿Por qué declaran la huelga en este momento crítico los obreros ingleses? *The Times* dice que por no haberse dado cuenta de la grave situación de Inglaterra en el conflicto internacional. Y señala como remedio el envío al Sur de Gales de soldados mineros de los que se hallan en el frente de la guerra con objeto de que adviertan a sus compañeros la responsabilidad de su actitud. Este ya es un hecho que ha de abrirnos los ojos del espíritu. Se declara una huelga. Se declara en momento crítico. Y como solución no se indica el envío de policías, de ejército, para que reduzcan a los huelguistas. No. Se indica el envío de predicadores, de misioneros de paz, de consejeros.

Pero el conflicto no se ha declarado en la forma que señala *The Times*. No. Los obreros del Sur de Gales se han dado cuenta antes de declarar la huelga, de la situación excepcional de Inglaterra; de la responsabilidad de su actitud. Lo han previsto todo. Han visto que la guerra obligaba a todos los ingleses a cierta tran-

sigencia, a cierta tregua en sus luchas internas; que la guerra comprometía el porvenir de Inglaterra; que hoy más que nunca necesitaba la patria del trabajo de los obreros, del sacrificio de los obreros. Si. Pero han visto también que esta tregua no solo había de estar en los de abajo, sino en los de arriba; que esta visión del porvenir había de ser la misma en obreros que en patronos; que el sacrificio había de estar en todos, en todos los ciudadanos, en todas las clases. Y como ellos han descubierto que su trabajo no sólo beneficiaba al Estado, sino que beneficiaba en grado superior a los accionistas y a los dueños de las minas; que el sacrificio de los obreros trabajando más horas, trabajando con más intensidad, representaba mayor producción para el Estado, pero mayor ingreso para los accionistas y dueños de minas, han decidido plantear la huelga. Plantear la huelga pidiendo, o la nacionalización de las minas para que el beneficio lo reciban íntegro las cajas del Tesoro, o un aumento considerable de los jornales para que el beneficio no vaya sólo a los patronos, sino que se reparta

proporcionalmente entre patronos y trabajadores. El socialista inglés no está dispuesto a desprenderse ni aún en estos momentos de la guerra, de su personalidad, de sus derechos de hombre, de los principios ideales que informaron y rigieron toda su vida. No se niega a ser soldado; pero no se resigna tampoco a dejar de ser ciudadano. Quiere las armas para defender a su patria, sí; pero quiere también, y antes que todo, sus derechos civiles para defender y sostener su dignidad humana.

¿Qué actitud adoptará en definitiva, el Gobierno inglés para solucionar esta huelga? No se conoce aún hoy. Lo probable será que prometa nacionalizar las minas, no con promesa de político español, sino con promesa de hombre de honor dispuesto a cumplir su palabra. Que conceda hoy por hoy a los obreros hasta que la nacionalización llegue, mayor jornal, menos horas de trabajo, gran parte de estos beneficios que reclaman. ¿No es esta la tradición de los estadistas ingleses? Todo lo hará el Gobierno de Inglaterra menos poner un ejército de policías y de soldados

frente a los mineros para que los reduzca por el miedo, para que los someta a la fuerza, para que los mate.

Este recurso de la violencia armada queda para los gobiernos débiles; este recurso de las armas queda para los Gobiernos que no saben sujetar su vida a razones legales; este procedimiento de arrancar los derechos al hombre queda para aquellos hombres de Gobierno que no saben cumplir uno solo de sus deberes. El Gobierno español que para suspender un mitin ha reclutado centenares de policías; de policías que han herido o han muerto a ciudadanos que no se apartaban de la ley. El Gobierno español que para solucionar esas pobres protestas de los míseros labriegos que piden pan, concentra escuadrones y escuadrones de la guardia civil ¿cuántos generales, cuantas baterías, cuántas docenas de batallones movilizaría si se presentaba hoy, en España, una huelga como la de Inglaterra?

## FRANCIA Y ALEMANIA. VALORES HUMANOS

Alemania tiene ya la guerra en casa. La cadena con que todos los alemanes se ataron voluntariamente al Emperador se ha roto por cien eslabones distintos. El socialismo resucita y discute la licitud y el curso de la guerra. Los profesores callan. La Prensa critica la organización del ejército nacional. El pueblo que cerró los ojos para lanzarse a la lucha, se decide a abrirlos para saber y para preguntarse a dónde va.

Esta guerra interior, de casa, comienza a preocupar a los directores de la política alemana más que la guerra exterior. Lo prueban los hechos. Publican los socialistas su manifiesto contra las anexiones. Y el Gobierno no sólo secuestra todos los ejemplares, sino que suspende la publicación del *Vorwaerts*, portavoz de la Social Democracia. Pronuncia el rey de Baviera su discurso señalando el fin de la

guerra con el triunfo de Alemania. La *Gazette de Francfort* se declara contra este discurso, exclamando: «Bien que nosotros no dudemos de la victoria definitiva de Alemania. Pero es preciso afirmar que no se sabe cuando la guerra terminará. Un nuevo enemigo acaba de levantarse contra nosotros. Aparte de su valor, es necesario reconocer su fuerza, su organización y su entusiasmo.» Los liberales alemanes aplauden estos conceptos de la *Gazette*. Y el Gobierno no solo denuncia el artículo del periódico, sino que persigue a cuantos exponen juicios en su favor. La guerra interna estalla en otros puntos de Alemania. En *Le Forum*, una revista de Munich, un profesor de Derecho se pronuncia contra la brutalidad de los directores políticos, enemigos jurados de toda democracia. En Francfort, el pedagogo Foerster, inaugura el curso con una censura durísima contra el manifiesto de los intelectuales. Contra el célebre manifiesto que firmaron los 93 intelectuales alemanes, entre cuyas firmas resaltaba la de Guillermo Foerster, profesor de astronomía de la Universidad de Berlín y pa-

dre de Foerster, el pedagogo de Francfort. ¿Para qué extender con más datos este índice que descubre la curba que sigue el espíritu de Alemania?

Francia no pasa por esta crisis. Conserva su posición de origen. Un sacrificio fué desde el primer día la guerra y un sacrificio sigue siendo. Resignada, decidida, dispuesta a todo, marchó a la guerra, y resignada y decidida, dispuesta a todo sigue luchando, sigue avanzando. Y ella que vivía desprevenida, en un momento equipó sus soldados, dispuso sus defensas, organizó sus industrias, construyó material de guerra, fabricó toneladas de municiones. Y así, mientras en el suelo de Alemania estalla con la guerra, la guerra civil, en el suelo de Francia, con la guerra, renacen las energías de la raza.

El caso de los socialistas protestando contra las anexiones no se ha dado en Francia, porque Francia no ha invadido tierras extrañas ni ha hecho guerra de ofensiva, ni ha pensado con su espada y sus cañones sojuzgar a otros pueblos. El caso de la prensa convertida en crítico de una actuación no se puede dar tampoco

en Francia, porque Francia no es, como Alemania, un ejército que ataca: es un pueblo que se defiende de un ataque. En las trincheras de Alemania hay un ejército. En las trincheras de Francia hay un pueblo. En las trincheras de Alemania un ejército con disciplina, con organización dispuesto a avanzar o a retroceder cuando la voz de mando señale los movimientos. En las trincheras de Francia un pueblo con disciplina, con organización, dispuesto a reconquistar el trozo de su patria que está invadido. Alemania resistirá mientras tenga un soldado. Francia resistirá mientras tenga un hombre. Y esta diferencia, soldados en Alemania y hombres en Francia, es tal vez la nota que caracteriza con más exactitud la situación moral de estos dos pueblos beligerantes.

\* \* \*

Soldados en Alemania; hombres en Francia. ¿No descubre también esta diferencia el espectáculo que ofrece en estos momentos la vida de los dos pueblos? Alemania, el pueblo metodizado, equilibrado, frío, ha perdido el método y el equilibrio. La *Gaceta de Ginebra* nos revela el hecho.

Lo hemos podido compulsar también por el testimonio de revistas, de informaciones, de folletos, de cartas, de libros. El pueblo de Alemania desde la declaración de la guerra vive en la calle. A la noticia del menor triunfo, los balcones aparecen colmados de colgaduras, de banderas, de adornos. Los paisanos decoran su sombrero con flores y en la chaqueta clavan escarapelas con los colores nacionales. Los convoyes de reclutas que pasan por la ciudad van precedidos de músicas y rodeados de una muchedumbre que los vitorea, los aclama... Francia, el pueblo meridional, inquieto, bullicioso, se ha vuelto, desde que la guerra empezó, equilibrado, metodizado, frío. Las calles aparecen serenas. Los mayores triunfos no consiguen que se despliegue la tira de un gallardete. Los periódicos relatan sin admiraciones ni puntos suspensivos, los avances lentos, pero avances, de las tropas. Cigés Aparicio, espectador de esta realidad, escribe: «Las músicas no llenan las calles con sus voces de cobre. Las orquestas han enmudecido en los establecimientos públicos. La muchedumbre no forma densas filas

para ver a los reclutas, y sus ejercicios sólo tienen por testigos a algunos muchachos escapados de la escuela. El carácter francés ha debido cambiar mucho, como ya advirtieron los ingleses antes de la guerra, o sólo habíamos reparado en sus manifestaciones superficiales y frívolas con perjuicio de las profundas, que ahora dan un tono de gravedad decorosa a la vida nacional. » ¿Qué dice todo esto? ¿Qué dice este entusiasmo superficial del pueblo alemán? ¿Qué dice esta serenidad, esta seriedad, del pueblo francés? Quizá esta diferencia entre soldados de Alemania y hombres de Francia descifre el misterio. Los soldados de Alemania para conservar su fe necesitan del espectáculo teatral: de las banderas, de las músicas, de los zeppelines, de los gases asfixiantes, de los submarinos... Los hombres de Francia para defender a su patria no necesitan más que conservar en su alma el sentimiento del deber.

Ahora que el sentimiento del deber comienza a despertar también en el alma de algunos alemanes. En el alma de los socialistas; en el alma de algunos escritores

y de algunos profesores. Y esto que a Alemania le parece un delito contra la integridad de su ejército, porque el sentimiento del deber como ciudadano, es un sentimiento contra la guerra, a los que vemos la guerra desde otro plano moral nos parece la única virtud de Alemania. Nos parece que entre los soldados sin voluntad, resucitan algunos hombres con voluntad. Con ojos en la voluntad.